

El tecnologismo: la técnica como condición para la deshumanización.

Por César Rogelio Zuccarino.

La Cultura Técnica. ¿Avance o deshumanización?.

El hombre para subsistir se ha valido históricamente de su condición de “ser social” (el hombre no sobrevive “sólo”) como así también de la invención de utensilios, herramientas, instrumentos, resultados de las acciones que lo vinculan al “trabajo”, en su camino de apropiación del mundo.

En este sentido, Carlos Marx y Federico Engels (2004) describen ya hace tiempo con claridad de qué manera es impensable la relación del hombre con el trabajo desde sus orígenes. El hombre sólo trabajando pudo garantizarse sus condiciones “materiales” de existencia: vivienda, abrigo, comida, etc.

Las herramientas, máquinas e instrumentos acompañan pues desde larga data la historia de los hombres, pero algo ha transformado su relación, a tal punto que fueron apareciendo distintas denominaciones (desde la Modernidad fundamentalmente) como “era industrial”, “era pos industrial”, “era de las máquinas”, entre otras.

La invención de la máquina a vapor marca un hito en la historia del Hombre, no sólo por las transformaciones que generó en relación a los modos de organizar el trabajo y los procesos de producción, sino también por sus efectos en las propias relaciones entre los hombres, el imaginario social, en hábitos y costumbres.

Desde entonces se fueron gestando dos posturas, bien diferenciadas y antagónicas, entre los “optimistas tecnológicos” y los “pesimistas tecnológicos”.

Para un “optimista tecnológico”, el desarrollo técnico se asocia a la idea de Progreso, de “desarrollo siempre hacia adelante” y sus consecuentes “beneficios” para el hombre y sus condiciones de existencia.

El “pesimista tecnológico”, en cambio, observará los límites del desarrollo técnico, sus efectos “nocivos”, como son el impacto negativo sobre las relaciones humanas y el medio ambiente, los costos que el desarrollo técnico supone (tanto en lo económico como en los recursos naturales y humanos que necesita) y por ende, los límites que conciernen a la idea misma de “desarrollo”.

Respecto a la Comunicación y la Cultura, los primeros en analizar los efectos del desarrollo técnico en la cultura de masas fueron los teóricos de la Escuela de Frankfurt. Recordemos brevemente la preocupación de éstos pensadores respecto de la degradación – por ejemplo – del valor de la obra de arte ante la reproductibilidad (masiva) técnica: lo que denominaron “pérdida de aura” no era sino la masificación hoy naturalizada.

Más tarde, Umberto Eco aportará su distinción entre “apocalípticos” e “integrados” como categorías asociadas a las ideas de pesimismo u optimismo tecnológicos.

“Según la perspectiva de Eco, para la aristocracia, la idea de compartir la cultura de modo tal que pueda llegar y ser apreciada por todos es un contrasentido, por lo tanto, no se trataría de una cultura sino de una "anticultura". Por el contrario, aquellos que aceptan el fenómeno, sostienen que gracias a él es posible acercar a las grandes masas manifestaciones artísticas a las que antes estaban marginados. Los aristócratas serán pues, los pesimistas, o los apocalípticos mientras que los optimistas, serán llamados integrados”.¹

Para los apocalípticos, “si la cultura es un hecho aristocrático, cultivo celoso, asiduo y solitario de una interioridad refinada que se opone a la vulgaridad de la muchedumbre (...) la mera idea de una cultura compartida por todos, producida de modo que se adapte a todos, y elaborada a medida de todos, es un contrasentido monstruoso. La cultura de masas es la anticultura. Y puesto que ésta nace en el momento en que la presencia de las masas en la vida social se convierte en el fenómeno más evidente de un contexto histórico, la «cultura de masas» no es signo de una aberración transitoria y limitada, sino que llega a constituir el signo de una caída irrecuperable, ante la cual el hombre de cultura (...) no puede más que expresarse en términos de Apocalipsis.” (Ibid).

Los integrados, en contraste, consideran que, “dado que la televisión, los periódicos, la radio, el cine, las historietas, la novela popular y el Reader's Digest ponen hoy en día los bienes culturales a disposición de todos, haciendo amable y liviana la absorción de nociones y la recepción de información, estamos viviendo una época de ampliación del campo cultural, en que se realiza finalmente a un nivel extenso, con el concurso de los mejores, la circulación de un arte y una cultura «popular». Que esta cultura surja “de lo bajo” o sea confeccionada “desde arriba” para consumidores indefensos, es un problema que el integrado no se plantea. En parte es así porque, mientras los apocalípticos sobreviven precisamente elaborando teorías sobre la decadencia, los integrados raramente teorizan, ya que prefieren actuar, producir, emitir cotidianamente sus mensajes a todos los niveles. El Apocalipsis es una obsesión del que disiente, la integración es la realidad concreta de aquellos que no disienten. (...) Eco considera pues, que el error de los integrados es defender al extremo la cultura de masas creyendo que la multiplicación de los productos culturales es buena en sí misma, esto es, carecen de una actitud crítica que considere la posibilidad de buscar nuevas orientaciones. Por otra parte, los apocalípticos confían que es posible proporcionar una cultura que evite el condicionamiento industrial. Esto sería un error, puesto que no tiene sentido considerar que la cultura de masas es mala solo por el hecho de que sea industrial”. (Ibid.)

Indudablemente el surgimiento de la “cultura de masas” generó estas posturas antagónicas entre quienes ven amenazados sus “bienes culturales” y su *statu quo* (la masa y la masificación resultado del desarrollo técnico les resultan “monstruosos”) y

¹ En : http://comunicacion.idoneos.com/index.php/336369#Umberto_Eco

aquellos que consideran que el desarrollo técnico es la vía de procesos de “democratización” cultural.

Pensemos en este sentido en el fenómeno del cine desde su dimensión sociocultural: inicialmente dio lugar a un espacio público de información esparcimiento: las salas de cine. En ellas las diferencias de clase se borraban al ser un espacio compartido. Seguramente quienes provenían de la “alta cultura” se espantaban frente a los films que buscaban el entretenimiento, “degradando” el buen gusto en alguna comedia que parodiaba a algún clásico de la literatura o el teatro; mientras el “noticiero” y las ficciones permitían a las clases populares enterarse de los hechos del mundo e incluso conocer lugares que de otro modo les hubiese resultado imposible.²

La Cultura atravesada por la técnica.

Llegamos entonces a la necesidad de clarificar algunos conceptos para comenzar a pensar el rol de la técnica y sus efectos en la Cultura.

Generalmente los términos “técnica” y “tecnología” se utilizan como sinónimos pero para realizar ciertos análisis resulta interesante que nos detengamos a pensar sus diferencias.

El Diccionario de la Real Academia Española define a la *técnica*, como “todo lo relativo a las aplicaciones de las ciencias y las artes”; es decir, al “conjunto de procedimientos y recursos de que se sirve una ciencia o un arte (...) para ejecutar cualquier cosa, o para conseguir algo”.

Por *tecnología*, se entiende al “conjunto de teorías y de técnicas que permiten el aprovechamiento práctico del conocimiento científico”.

Es decir que la *técnica* refiere a procedimientos para alcanzar un objetivo, mientras que en *tecnología* lo que se hace presente es el conocimiento.

Frente a la clarificadora aunque “escueta” definición del Diccionario, nosotros seguiremos de aquí en adelante el planteo (enriquecedor) de Lewis Mumford, quien en su libro “Técnica y Civilización” (2002), define qué entiende por “La Máquina”, en mayúsculas, como fenómeno sociocultural.

Apropiándonos de este concepto, diremos entonces que Tecnología es todo el “complejo tecnológico”: “Este abarcará el conocimiento, las pericias y las artes derivadas de la industria o implicadas en la nueva técnica, e incluirá varias formas de herramientas, instrumentos, aparatos y obras así como máquinas propiamente dichas”. (Id.: 29).

Como ejemplo podemos pensar: una cosa es “el televisor”, resultado de la técnica. Otra cosa es “la televisión”, como tecnología; es decir, como “discurso” - como práctica social productora de sentidos - que condujo a una “privatización” de la recepción (la sala de cine se traslada a la casa), los valores y estereotipos que instala,

² El film *Cinema Paradiso* es un clarísimo ejemplo de lo expuesto.

las prácticas sociales que promueve - tanto en los lenguajes como en las acciones de los individuos -, el impacto sobre la definición de los “lugares de la verdad”, por ende del conocimiento: “¡es cierto ... lo vi en televisión!”.

De este modo, podemos comprender e identificar lo que varios autores denominan “tecnologías sociales”, no en el sentido de “los productos, técnicas o metodologías, desarrolladas en interacción con la comunidad y que representan efectivas soluciones de transformación social”; sino en el sentido en que Michel Foucault desarrolló la idea de las sociedades “panópticas”.

La cárcel diseñada por Jeremy Bentham, resulta en este sentido el “síntoma” de una sociedad que funciona en el panoptismo (Foucault, 2001). La cárcel, entonces, pensada como expresión material de toda una tecnología social.

En otro lugar (Foucault, 2004), se referirá al modo en que el Estado desarrolla tecnologías de control como “las cuadras” que, inspiradas de la formación del ejército romano, resultaron en un modo de ordenar la trama urbana, distribuyendo sujetos y controlando sus acciones (es decir, volviéndolas “previsiblemente calculables”) como rasgo característico de la “ciudad moderna”.

Así, podemos pensar en otras varias “tecnologías de control” (social) como: el Documento Nacional de Identidad, el aparato de Salud pública que establece qué es “la locura” o “estar sano”, el aparato Judicial que determina “lo normal” que junto con el aparato académico – científico determinan qué es “la verdad”. En esta línea de pensamiento resulta interesante que reflexionemos qué rol cumplen el dinero y el consumo como tecnologías sociales de control y disciplinamiento del presente. .

El desarrollo técnico como proceso de deshumanización.

Decíamos al comienzo que a pesar de que el desarrollo técnico acompañó a la condición humana desde sus orígenes, “algo ocurrió”.

En algún momento de la historia del hombre, el lugar de las máquinas opacó incluso la propia existencia humana.

En su momento, la Escuela de Frankfurt pensaba con preocupación el acelerado desarrollo de una “cultura técnica” que, augurando un mundo mejor desarrollaba a la vez una “máquina” de aniquilación sistemática de hombres como los campos de concentración nazi.

Algunos pensadores como Lewis Mumford (2002), Hannah Arendt (2005) o Martin Heidegger (1996) nos invitan a pensar en un “desencantamiento” del mundo.

Por “desencantamiento” debemos entender el proceso que tiene que ver con una mirada sobre el mundo, en la que prevalece el cálculo: donde veíamos un “paisaje” ahora vemos la posibilidad de alguna explotación, en la cascada o el río vemos la represa hidroeléctrica, en la montaña la mina de carbón, y así sucesivamente.

Para Mumford no fue la máquina de vapor sino el reloj el invento que generó las condiciones para el desarrollo de la técnica. Sincronizando las acciones humanas y volviendo al tiempo una variable del capital (“el tiempo es oro”) inicia un proceso en el que algo de nuestra humanidad se ve desplazada por lo que una máquina automática nos dicta, supeditándonos: comemos no porque tengamos hambre sino porque el reloj lo indica; dormimos no porque tengamos sueño sino porque “ya es hora”, trabajamos el tiempo que indique el reloj y no el cansancio, etc.

Hannah Arendt, por su parte, ve con preocupación el interés del hombre por el abandono del planeta tierra. La euforia por la conquista del espacio (concretamente, la celebración ante el hecho de haber lanzado un satélite en el año 1957) representa para esta pensadora un paso más hacia el “desencantamiento” del mundo, un intento más, por abandonar nuestra condición humana al pretender prescindir de nuestro medio constitutivo: la tierra, “única en el universo con respecto a proporcionar a los seres humanos un hábitat en el que moverse y respirar sin esfuerzo ni artificio”. (Arendt, 2005: 14)

Luego, Heidegger, preocupado por el “dominio desenfrenado de la técnica”, indica las amenazas del cálculo, que se expresan “a través del proyecto matemático de la naturaleza que es ejecutado por la física teórica y a través del interrogatorio experimental de la naturaleza (por la que) ésta es provocada a dar respuestas según determinadas perspectivas”. (Heidegger, 1996: 16).

Esta “interpelación provocante”, lo que hace es precisamente “provocar” a la naturaleza y al hombre para el suministro de energías: “el hombre se ve reducido a la perplejidad y al desamparo frente a las exigencias de poder de la técnica. (...) esto quiere decir que se afirma el triunfo de un proceso que se limita a poner continuamente a disposición medios, sin tomar en cuenta la determinación de fines”. (Ibid.). En otras palabras, la “interpelación provocante” de la técnica, nos habla de cómo el hombre “está él mismo provocado por la exigencia de provocar a la naturaleza para el aprovisionamiento”. (Ibid.).

Naturaleza y hombre, finalmente, vueltos “recursos”. “Desencantamiento” del mundo como proceso de “deshumanización”.³

Un proceso que se nos aparece “imparable”, “ajeno” (como si el hombre no fuera quien lo ha creado) e “inevitable”.

¿Qué ocurrió en Occidente?.

Para responder a esta pregunta, recurrimos al pensamiento de Héctor Schmucler, quien nos explica de qué manera el “tecnologismo” viene siendo la ideología dominante de cuyos efectos podemos entender estos procesos de deshumanización.

³ Es interesante pensar esto de la “deshumanización” cuando vemos películas *Roma Ciudad Abierta*, *Los 400 golpes*, *Vivir su vida*, en las que muchas “personas” se parecen más a “cosas” y en las que las instituciones sociales o la guerra parecen acontecimientos ejecutados por algo o alguien que no conocemos, que no controlamos, frente a lo cual lo único que nos queda es “soportar”.

El tecnologismo.

La palabra técnica deriva de un término griego que designa “aquello a lo que pertenece la *tekhné*”, “En la antigua lengua griega esta palabra significa lo mismo que *episteme* – es decir velar por una cosa, comprenderla. *Tekhné* quiere decir conocer en profundidad una cosa, así como su producción (...) *tekhné* no es un concepto que remite al hacer, sino un concepto que remite al saber”. (Id: 15).

Schmucler (1996: 6) entiende que en la meditación heideggeriana la *tekhné* encierra el concepto de *poiesis* “que privilegia el momento creador – más próximo a la contemplación que a la acción: *poiesis*, poesía, entendido como un renovado y amoroso asombro en la relación del hombre con lo que lo rodea.” (Ibid.).

Esto podemos asociarlo a la relación del “viejo” artesano con lo que produce: un vínculo constante los “reúne”. En cambio el “trabajador” de la era industrial sólo puede reproducir capital, precisamente, por la ruptura del vínculo con lo que produce: condición no sólo de la existencia de un “salario”, sino además de des – apropiarlo de lo producido.⁴

A diferencia de esta noción *poiética*, “la técnica *provocante* impone a la naturaleza la exigencia de responder de una manera calculadamente determinada” (Id: 7) interpelando a su vez al hombre como *recurso*, como *mero productor*.

Esto ocurre para Schmucler como efecto del dominio de la “ideología de la técnica”, a la que denomina *tecnologismo*.

“La ideología de la técnica arrincona al pensamiento en una opción aporética⁵: técnica vs. no técnica, que no sólo prescinde de la voluntad humana sino que se concibe como una matriz en la que se gesta la propia naturaleza del hombre.” (Id: 6).

Es decir que entre los efectos del tecnologismo, lo primero que detectamos es una aceptación acrítica de la técnica, que ignora – o incluso “anula” - la posibilidad de que la voluntad humana diga “no” a su desarrollo. En otras palabras, se “naturaliza” a la técnica en la creencia de que es “única y necesaria”. La técnica se erige así en “sentido común”, “en camino único para la definición de lo humano del hombre. El tecnologismo auspicia un destino humano que se realiza a través de la técnica y un destino de la técnica que se expresa en su instrumentalidad para dominar el mundo (...) Así, para la técnica moderna no hay más futuro que el de su propia multiplicación

⁴ Sabemos que el obrero automotriz no finaliza su jornada llevándose el automóvil que ha contribuido a construir.

⁵ Del término **aporía** (del griego *απορία*, dificultad para el paso) hace referencia a los razonamientos en los cuales surgen contradicciones o paradojas irresolubles. Con el término *aporía* nos referimos a la situación que se crea cuando un problema carece de solución o da lugar a conclusiones contradictorias.

dominadora; (cuando) verdaderamente no hay futuro sino una expansión mimética del presente” (Id: 7).

Con esto, Schmucler nos hace pensar sobre un segundo “efecto” del tecnologismo: la alteración de la temporalidad humana.

Si se ha anulado la capacidad de la voluntad humana de decirle “no” a la técnica (o al menos a la creencia de que sólo hay *una*), el tiempo y el espacio que la técnica instala para el hombre es el *hoy*, el *presente*, como imagen profética del futuro.

Un futuro entonces ya definido, clausurado, que se contradice con un rasgo humano fundamental: nuestra capacidad de cambiar las cosas, de alterar “el destino” de la historia, de intentar superar lo imposible.

Esto lo vivenciamos en la fascinación que nos producen los “anuncios” del desarrollo técnico. Las películas de ciencia ficción, la publicidad y las vidrieras no hacen sino alentarnos de que no renunciemos a acercarnos desde hoy a la imagen de “lo que vendrá”: cuanto más “cerca” estemos de la “imagen de futuro”, más “desarrollados” nos sentimos.

Por ende, el tercer efecto del tecnologismo es su condición totalitaria: este presente, dispuesto por el futuro, es irrenunciable. “La ideología tecnológica no admite voluntad de negación” (Id: 9).

El hombre naturaliza entonces los destinos ya establecidos por el tecnologismo (tiempo), como a los entornos culturales, artificiales, de interacción (espacio).

El hombre mismo se ha vuelto “técnico”, en la promesa del tecnologismo de transformar incluso a la propia “naturaleza humana”.⁶

Que estemos atentos a estos riesgos, que podamos desnaturalizar los discursos que refuerzan los efectos del tecnologismo, quizás sea la condición para recuperar nuestra voluntad de decirle “no” a la técnica, para anteponer todo aquello que nos hace “humanos”.

Córdoba, Marzo de 2010.

⁶ No sólo que “ya sabemos” hacia dónde vamos sino que la técnica logró incluso la “fabricación” de hombres en tubos de ensayo y ya se habla de “controlar” aspectos de lo humano por manipulación genética.

Bibliografía.

ARENDRT Hannah. (2005). **La condición humana**. Paidós. Buenos Aires.

FOUCAULT Michel. (2004). **Seguridad, territorio, población**. Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires.

(2001). **Vigilar y Castigar**. Siglo XXI. Buenos Aires. (199 – 230)

HEIDEGGER Martin. (1996). **Lenguaje de tradición y lenguaje técnico**. En: *Artefacto*. Oficina de publicaciones del CBC. UBA. Buenos Aires.

MARX Carlos / ENGELS Federico. (2004). **La ideología alemana**. Cap. 1. *Feuerbach. Oposición entre las concepciones materialista e idealista*. (7 – 82). Nuestra América. Buenos Aires.

MUMFORD Lewis. (2002). **Técnica y Civilización**. Alianza. Madrid.

SCHMUCLER Héctor. (1996). **Apuntes sobre el tecnologismo y la voluntad de no querer**. En: *Artefacto*. Oficina de publicaciones del CBC. UBA. Buenos Aires.